Revista de Indias, 1988, vol. XLVIII, núms. 182-183

**CAPOCHE, POTOSI Y LA COCA:
EL CONSUMO POPULAR DE ESTIMULANTES EN EL SIGLO XVII**

POR

THIERRY SAIGNES

Credal, CNRS (París)

A Ruggiero Romano

... haberse de gobernar estas dos repúblicas de españoles y naturales, con igualdad de leyes y de amor, procurando los medios más urgentes a su conformidad y conservación y aprovechamiento entre naciones tan diversas en estado y costumbres, tan contrarias y diferentes entre sí, porque si faltase la consideración de acudir a entre ambas con un mismo zelo y cuidado y se anticipase y prefiriese alguna de ellas, no sólo sería el daño y perjuicio de la desayudada, sino ruina y destrucción de las dos, siendo la de los naturales la que menos fuerza y amparo tiene y la que lleva sobre sus hombros el peso de toda la máquina del reino...

Capoche al virrey del Perú, Potosí, 1-III-1610.

La reciente ofensiva para erradicar el cultivo de la coca en los países andinos ha reanudado el viejo debate sobre el consumo masivo entre el mundo indígena de una planta cuyas virtudes eran múltiples: estimulante físico, medicina, medida de intercambio («moneda»), uso ritual en el trato social y en los cultos religiosos.

Frente a la difusión actual de la droga (cocaína y pasta) extraída de la «hoja sagrada», los «nuevos extirpadores» (B. Cáceres, 1978) han multiplicado los ataques a la coca como factor de atraso, hasta de «degeneración física y mental», entre el campesinado an-

SIGLAS UTILIZADAS:

- ADI:** Archivo del Duque del Infantado (Madrid)
AGI: Archivo General de Indias (Sevilla)
BAE: Biblioteca de Autores Españoles (ediciones Atlas)
BN: Biblioteca Nacional (Madrid)
RGI: Relaciones Geográficas de Indias (BAE, Madrid)

dino. Estudios recientes (compilados en el tomo XXXVIII de *América Indígena* en 1978, y por W. Carter en 1983) prueban sin embargo que entre los catorce alcaloides de la planta, el coqueo (*acullico* en aymara, *chaccheo* en quechua) o «masticación» (no se masca realmente el bolo de hojas en la boca), no privilegia tanto la ingestión de la cocaína sino la de la ecgonina, que favorece la asimilación de los carbohidratos (vía su conversión en glucosis, cf. Burchard, 1978, 1983). Por otra parte, el papel de la coca en la comunicación social y espiritual (Wagner, Mayer, 1978) como en el trabajo, evidencia reactualizada en las encuestas llevadas en Bolivia por Carter y Mamani (1980), se ha vuelto esencial para perpetuar la identidad colectiva. Por fin, el historiador R. Romano, en la prolongación de su interés por las «borracheras» en las sociedades preindustriales, no deja de abogar por abandonar la «falsa ecuación coca = cocaína» (1982, 1984), razón por la cual le dedico este trabajo.

Ya para el siglo XVI, J. Gagliano (1963) ha recapitulado los vanos intentos del partido «abolicionista» frente al éxito masivo de la hoja en la sociedad indígena (en particular entre los trabajadores mineros) y las ingentes ganancias mercantiles que generaban su producción y circulación, éxito resumido en el lema: «no hay Perú sin coca». Sin embargo, las mismas fuentes virreinales y eclesiásticas advertían a comienzos del siglo XVII un fuerte declive en la cantidad consumida, notable en la caída de su precio, que atribuían a la preferencia indígena por nuevos productos de origen europeo, sobre todo pan y vino. El investigador lo atribuye más a la baja de la población y, por ende, de la mano de obra que provocó «mejoras salariales y raciones alimenticias más adecuadas» (1963: 62). Recientemente, otro historiador, Ph. Parkeson, al trazar las etapas de «la coca en el pasado boliviano», relaciona este declive con la «notoria disminución de la curva demográfica nativa» y la de la producción de plata, ambos factores suscitando la «contracción del mercado de coca» (1984: 19).

Estas apreciaciones, que recalcan el carácter mercantil y alimenticio de la hoja, se fundamentan ante todo en las importaciones registradas en el distrito minero de Charcas (Alto Perú), donde la concentración de un gigantesco mercado de trabajo y de consumo le confiere una visibilidad histórica excepcional. Es justamente en el mismo Potosí donde siguen fuertes la carga financiera sobre los trabajadores «forzados» o *mitayos* (que vienen por turno de sus comunidades) y a la vez el flujo de migrantes, bien lejos de una caída poblacional. Si el precio de la coca bajó tanto, ¿por qué la

fuerza laboral la desdeña y prefiere orientarse hacia productos más caros como son pan y vino? Factores económicos y demográficos parecen insuficientes para explicar esta reorientación consumidora de «excitantes». Primero se debe establecer su magnitud en el seno de la población indígena y luego preguntarnos sobre su significado: ¿es lícito reducirlo a una mera sustitución energética y euforizante o revela más bien un cambio cultural profundo dentro de la coyuntura colonial, tan singular y desconocida, del siglo XVII andino?

Un informe inédito del empresario minero Luis Capoche, autor de la famosa «relación general del asiento y de la villa de Potosí» (10-VIII-1585), redactado un cuarto de siglo después, aporta valiosas informaciones cualitativas y cuantitativas sobre la producción y el consumo de la coca. Sus datos permiten plantear el problema de la difusión masiva de «estimulantes» en el seno de una sociedad indígena envuelta en una «situación colonial». Gracias al puesto de observación excepcional que representa Potosí (y nuestro análisis se restringe a esta única área) podemos interrogar las vicisitudes históricas de un producto que se ha vuelto el símbolo máximo de la cultura andina.

EL INFORME DE CAPOCHE (POTOSÍ, 1-III-1610)

Poco sabemos sobre este empresario minero (1547-1613), cuya parca bibliografía han escarbado Lewis Hanke y Gunnar Mendoza, editores de su Relación de Potosí, escrita a la edad de 38 años (BAE, 1959: 44-54). Destacaron su lucidez en desarmar el complejo engranaje de la producción minera como su capacidad para sugerir medidas para mejorar su funcionamiento y corregir abusos en contra de los «naturales».

Su nuevo informe, redactado a la edad de 63 años, revela una sensibilidad humanista creciente si nos fijamos de la carta de intención cuyo argumento central hemos reproducido en el epígrafe. Un cuarto de siglo después de la salida del virrey Toledo (1580), cuyo minucioso orden parecía tan trastornado por los intereses privados de cada sector colonial, muchos agentes conscientes de una pronta quiebra vertieron sus esperanzas reformistas en el nuevo virrey Marqués de Montesclaros (1607-15). En la ola de relaciones, pareceres y otros avisos, la mayor parte inéditos(1), se insertan los

(1) El gobierno del M. de Montesclaros coincide con la difusión de una nueva y extensa encuesta geográfica oficial (1604) para mejor conocer las realidades americanas. Unas respuestas regionales o locales se hallan en el

escritos de Capoche, cuyo entusiasmo enfático deja traslucir el título general:

Discursos de las cosas más importantes y necesarias al gobierno de la villa imperial de Potosí y perpetuidad y conservación de estos estados, donde se trata el origen de las capitanías que asisten en esta villa y otros particulares y materias, dirigidos al Excmo. Sr. Don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros [...], virrey y Capitán general de estos Reinos del Pirú.

Desgraciadamente, el documento manuscrito que viene a continuación en el legajo empastado puntualiza solamente dos «materias» bajo un solo intitulado:

De la contratación que tienen los naturales con los metales del cerro y las controversias que se han levantado sobre su materia, y del abuso de la coca y descripción de su árbol y la calidad de los Andes donde se cría, y lo que fue su contratación en lo pasado, y lo que es al presente con otras cosas que se tratan a propósito de las materias (2).

El primer tema recuerda una polémica famosa sobre el «rescate del metal» que sucedió a raíz de la transferencia de la fundición de la plata desde los hornos indígenas a los ingenios españoles: el libre acceso indígena a la extracción y a la venta del metal entendido como una retribución complementaria (daría más tarde nacimiento a la institución de los *kajchas*) a los salarios mineros fue mantenido por los virreyes, en contra de los reclamos de los empresarios, hasta fines de la colonia (ver los estudios de Barnadas, 1973; Assadourian, 1982; Tandeter, 1981). Capoche era opuesto a semejante práctica, que asimilaba a un «robo» de las vetas y depósitos pertenecientes a los dueños de minas. Una relación de 1606 revela cómo él y otros colegas igualmente opuestos al rescate cayeron víctimas de una provocación en la cual las autoridades les pescaron comprando metal «robado» para así «taparles la boca». De hecho, en su informe de 1610, Capoche oscila entre la condena del rescate indígena como «hurto» y su aceptación como ganancia justificada por las duras condiciones laborales (3).

Al tratar de la coca, Capoche vacila de la misma manera entre condenar su consumo, visto como «abuso y superstición», y des-

fondo "papeles del Marqués de Montesclaros" del ADI, al encargado del cual agradezco por permitirme el acceso.

(2) ADI, fondo citado, vol. 110, doc. núm. 19. Al final del estudio van reproducidos (facsimil) los folios (numerados por mí) de la coca.

(3) La relación de 1606 viene de F. de Godoy (ADI, idem). Capoche incluye decretos oficiales y pareceres de los teólogos (como Acosta).

tacar los provechos mercantiles que su producción y distribución acarrean.

La superstición que más ha durado Excmo. señor en los naturales heredada de la vanidad de su gentilidad ha sido el abuso y rito de la coca por el interés que en su trato y grangería ha tenido la ciudad del Cusco así el estado popular como el eclesiástico, con sus diezmos con tantos millones como han gastado y consumido los indios en ella...

A continuación describe las condiciones naturales que permiten un cultivo de alto rendimiento (cuatro cosechas en catorce meses) con el cuidado que requiere el proceso del secado y transporte; proporciona varias cifras de producción, precio, renta, que muestran la baja de consumo en Potosí; luego pasa revista a las diversas regiones productoras y los modos de cultivo; cuenta los fracasos de Toledo para detener o por lo menos frenar la expansión del cultivo; acaba por evocar la flora y la fauna tan extrañas de los «Andes» orientales que cuesta abajo desembocan en «las grandes pampas y llanadas con muchos pantanales y población de indios de guerra», revelando así cierta fascinación por el interior amazónico bien propia de su tiempo (4).

Aquí también conviene notar cierta evolución del autor frente al consumo de la hoja. En el capítulo de la Relación (1585) que dedica el tema («Del abuso de la coca y de los daños que de ella se sigue a los indios» [fol. 89], 1959: 175-176), su condena tajante de «este supersticioso vicio» va hasta reclamar su «extirpación»; en ningún momento explica por qué «es tanta la afición que le tienen [los indios] que, si les faltase, dicen no sería posible servirse de ellos». En cambio, un cuarto de siglo después sobresale la gran riqueza de datos sobre el cultivo de la hoja, sus cualidades e incluso las variedades existentes en el tiempo de los Incas. Por fin, detalla la baja reciente de la producción, baja que remite a su «poco precio y mal despacho», así como a un cambio alimenticio; vale recalcar que, a pesar de haber vivido las grandes epidemias de los años 1590, no alude a una caída demográfica de la población indígena.

Para entender esta «crisis» del consumo popular es preciso primero, con Capoche, volver sobre las «virtudes» de la hoja.

(4) Recordemos aquí cómo la palabra «Andes» designa inicialmente la vertiente amazónica de la Cordillera. Remito al conjunto de estudios sobre esta región en el tomo X (núms. 3-4) del *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos* (1981), en particular el trabajo de F. M. Renard-Casevitz, que toca a la coca de la región cusqueña.

EL «MARAVILLOSO EFECTO» DE LA COCA

En cuanto al uso prehispánico de la hoja, el informe aporta esclarecimientos en temas que suscitaron comentarios contradictorios por parte de los demás cronistas y estudiosos actuales.

Un análisis estadístico, en base a tratamiento informático, ha comparado las páginas consagradas a la coca por varios autores de los siglos XVI y XVII (Masuda, 1984: 1-21). Todos concuerdan en subrayar que el uso de la hoja era reservado por el Inca a la elite dirigente del Tawantinsuyu y a otros grupos (ejército, paniaguados) a quienes la ofrecían como «gran favor», opinión a la cual se pliega Capoché: «no se permitía el uso de ella a la gente plebeya sin particular licencia» (1610). E. Mayer refuta esta tesis como «errada interpretación de lo que sí creo que ocurría en el imperio, que es el privilegio de distribuir y repartir coca entre sus súbditos era un aspecto fundamental que diferenciaba a la ‘nobleza’ de los ‘comunes’» (1978: 853). Insiste entonces en el acceso *mediante la redistribución* por los caciques y el estado. Ph. Parkeson, por su parte, enjuicia el «monopolio incaico de la coca» como una «ficción legal» (del mismo tipo que el derecho estatal sobre el ganado), lo que «no significa que el pueblo careciera de acceso a dichas tierras [los cicales] o a la coca que ellos producían» (1984: 22).

Podemos aclarar este punto con la importante distinción que hace Capoché en 1610 (ausente en el acápite de 1585) sobre las dos variedades de coca cultivadas en ambas vertientes externas del altiplano interandino:

la que antiguamente llamaban tupacoca tenía la hoja muy menuda y dabase en los llanos y era reservada para solo el Inca, y por eso se debía de estimar en más que la de los andes que es de hoja grande que llaman mumoscoca y era general entre sus gobernadores y capitanes y los grandes señores y caciques principales y segundas personas que era el estado de la nobleza del reino.

Otro autor, el padre Martín Murúa, había ya apuntado esta diferencia (5). Curiosamente, el análisis estadístico de los cronistas

(5) MURÚA: *Historia del origen y genealogía real de los Incas* (1591), Madrid, 1946, 138, citado por M. ROSTWOROWSKI DE DÍEZ C.: «Plantaciones prehispánicas de coca en la vertiente del Pacífico» (1973), reproducido en *Etnia y Sociedad*, Lima, 1977, pp. 155-195. La autora advierte que la coca de «los llanos», es decir, del litoral pacífico, pertenece a una variedad distinta (*Erithroxylon novogranatense*) que «contiene menor proporción de cocaína, dulce y aromática». Señala también cierto desacuerdo entre cronistas (Matienzo, Holguin) sobre la valoración de esta *tupa coca*. Extrañamente, ni

no menciona su texto (Masuda, 1984: 22-58): recopila la segunda versión de 1613 (ms. Wellington) de la *Historia de los Incas* y omite la primera versión de 1591 (ms. Loyola) que menciona los dos tipos:

Tenían por muy gran regalo la coca de hoja menuda que llamaban tupa coca que se da en los llanos; esta era tenida y estimada de todos, y del Inga aceptada; de la cual usaba en su comer y la tenía en mucho, y la otra de la hoja grande se cría en los andes que llamaban mumus coca, de esta comían estos indios la cual repartía el Inga entre otras mercedes (Murúa [1591] 1946: 138).

Al apropiarse de la coca más fina de los yungas costeros, los linajes y las parentelas incas introdujeron un escalón más en su estrategia de distinción dentro del complejo sistema jerárquico instaurado por el Imperio y marcado por estrictas pautas de consumo ostentatorio.

Por otra parte, los dos autores difieren en caracterizar la relación especial entre el soberano cusqueño y la tupa coca de los valles occidentales: «aceptada del Inca» para Murúa y «reservada para solo el Inca» según Capoche. ¿Tiene algún fundamento la restricción introducida por el segundo autor (y ¿quién fue su informante?) o es un mero efecto discursivo destinado a reforzar la imagen todopoderosa del Monarca prehispánico?

En todo este debate sobre el mayor o menor grado de acceso de los campesinos andinos al coqueo bajo los Incas me parece importante recalcar la diferencia entre recibir cierta cantidad de hojas como privilegio oficial, como gratificación del trabajo destinado al Estado o a la Corona (obras públicas, tierras y minas, ejército) o, por fin, como «dádiva» de sus autoridades nativas con algún motivo festivo, y, por otra parte, conseguirla directamente sin pasar por la mediación ritual y la «generosidad» calculada de los caciques o del estado. Como prueba a posteriori, me fundamentaré en el extraordinario «boom» del consumo, una vez que la colonización hispánica rompió con el riguroso control jerárquico, volviéndose la coca un producto (y una mercadería) al alcance de todos —volveremos sobre este punto esencial—. En resumen, si hubo acceso de la gente «común», los *hatun runa*, al *acullico*, lo fue ciertamente en circunstancias excepcionales (ya evocadas), sin hablar

Masuda (quien cita este estudio de M. Rostworowski), ni Parkeson (quien prefiere apoyarse en otro trabajo de la autora sobre “Mercaderes del valle de Chíncha” [1970], reproducido en la misma selección de 1977) insisten en esta importante distinción hecha por Murúa y Capoche que podría resolver en parte el debate asignado al Inca y las *wakas* (lugares sagrados y templos), la *tupa coca* y al sector paraestatal (ejército, burocracia) la coca oriental.

de los nuevos grupos sociales separados de su comunidad, como los *yanacona* o los *mitmaqkuna* estatales, cada vez más numerosos y colmados de favores (entre ellos la coca). Quizá un *quipu* estatal podría indicar qué proporción de gente se benefició de esta redistribución y qué cantidad de hojas (ritmo anual) recibía.

El otro problema que toca Capoche y que sigue tan debatido hasta hoy día concierne la virtud fisiológica del coqueo. El autor se abriga detrás de las declaraciones indígenas: «Dicen que conserva la dentadura... y que restituye la fuerza perdida con el trabajo... y que conserva el radical cuando les falta el mantenimiento». Enseguida recuerda la anécdota relatada en la primera parte sobre el rescate de metal: tres naturales y un español se hallaron encerrados en el cerro por un derrumbe; a pesar de que se podía comunicar con ellos, no se logró socorrerlos; el español murió el primero «con ser bien robusto y mozo» y luego dos nativos. El tercero se mantuvo más tiempo, lo que comentaron «en esta villa muchos indios principales ... fue irse entreteniendo con la coca que se halló y él lo decía que la *coca le iba dilatando la vida*» (subrayado por mí).

El tema ha sido muy debatido y en general los españoles no dieron por cierta la virtud estimulante de la hoja. El prudente Acosta es uno de los pocos en aceptarla:

Yo por decir verdad, no me persuado que sea pura imaginación; antes, entiendo que en efecto obra fuerzas y aliento en los indios porque se ve en efectos ... como es con un puño de coca caminar doblando jornadas, sin comer a veces otra cosa... ([1590] *Obras*, BAE 1954: 117). Su seguidor Cobo prefiere emitir reservas sobre la exageración de sus virtudes: ... afirman que les da tanto esfuerzo que mientras la tienen en la boca, no sienten sed, hambre, ni cansancio. Yo bien creo que lo más que publican es imaginación o superstición suya, dado que no se puede negar sino que se les da alguna fuerza y aliento, pues los vemos trabajar doblado con ella ([1653] BAE 1964, t. 1: 215).

Capoche, él, es más nítido. Lo refuta con otro dato empírico:

pues tantos españoles han hecho experiencia y prueba de su calidad en diversas ocasiones y no les ha mitigado el hambre ni cansancio ni han hallado ningún refrigerio (6).

Plantea aquí un verdadero problema de orden fisiológico: podemos preguntarnos si los españoles no sienten tanto los efectos

(6) A la aserción de Capoche podemos oponer la anécdota referida por Garcilaso de un "soldado" español pobre que usaba coca para adquirir "fuerza y vigor", y, al contarla, "daban algún crédito a los indios que la comían por necesidad y no por golosinas" (en Masuda, 1984, 43).

del coqueo, sería porque no han heredado la misma constitución física que el organismo andino adaptado a la altura, al frío y a la sequedad y sobre todo porque no tienen el mismo régimen alimenticio. Recordemos cómo la dieta alto-andina está basada en carbohidratos (tubérculos), cuya difícil asimilación en un ambiente falto de oxígeno (hipoxia) se mejora con la extracción de los alcaloides mediante el coqueo: de ahí al sensación de «matar el hambre» no por sustitución, sino por mejor ingestión, aunque no debemos subestimar su aporte en vitaminas(7).

Por otra parte, en nombre del mismo empirismo, Capoché avala una virtud secundaria de la planta, poco valorada (excepto por Matienzo) en los textos del siglo XVI: «conserva la dentadura y apenas se hallan quien la tenga mala aunque sea de mucha edad» —justificación de orden sanitario quizá más tolerable a los ojos europeos—. Un cuarto de siglo después otro observador del Charcas colonial, el lic. P. Ramírez del Aguila, corrobora este efecto higiénico de la coca, usada ahora en las mesas criollas de La Plata: «De pocos años a esta parte han dado las mujeres españolas y hombres en tomarla para limpiar los dientes [durante] comidas, cenas y meriendas...» ([1639] 1973: 49).

Dadas estas aptitudes fisiológicas de la hoja, ahora debemos buscar las razones de su formidable «democratización» (que Capoché no recalca) en el seno del mundo indígena afectado por el nuevo régimen colonial de trabajo y de producción mercantil que nos permitirán luego mejor plantear las de su posterior declino. Conviene mirar primero cómo los contemporáneos percibieron un aumento de la producción que el lic. Polo (1571) estimaba a cincuenta veces más que bajo los Incas y el lic. Falcón (1582) hasta mil veces más. Un solo autor, Cobo ([1653] 1964 t. 1: 215), ha intentado racionalizar el éxito de la hoja:

... después que se acabó el señorío de los reyes incas y con él la prohibición, con el deseo que la gente común tenía de tomar la fruta vedada, se entregó a ella con tanto exceso, que viendo los españoles el gran consumo que había de esta mercadería, plantaron otras muchas más chacaras de las que antes había...

Vale cotejar esta interpretación sico-sociológica con la otorgada por un historiador-médico al referirse a la expansión de las bebidas estimulantes (té, café, alcohol) en la Europa del siglo XVIII:

Cuando un alimento durante mucho tiempo raro y deseado llega por fin al alcance de las masas, se provoca un aumento brus-

(7) Ver los estudios de Buchard y otros autores publicados en la compilación de Carter (1983) y analizados por Romano (1984).

co del consumo. Parece la explosión de un apetito largamente reprimido. Una vez vulgarizado, este alimento perderá pronto su prestigio... y cierta saturación aparecerá. (Citado por Braudel, 1967: 135).

Los historiadores de la coca, lejos de la lógica social del valor basado en la rareza, prefieren seleccionar otros argumentos más adecuados a la nueva situación colonial. J. Gagliano opta por una explicación nutricional: el incremento del coqueo remite a la carestía de alimentos causada por la disrupción de la Conquista y por el trabajo compulsivo en las minas (reconoce su función «estimulante»), admitiendo la equivalencia energética de la coca como «sustituto alimenticio» (1963: 44). Ph. Parkeson pone en duda una expansión tan fuerte del cultivo y sobre todo la tesis nutricional; considera la hoja como «un elemento esencial activo en esta movilización de mano de obra [en Potosí]». Remite a A. Jara, quien pone en concordancia directa las curvas de la producción de plata y coca, «ya que la coca se convierte en factor de producción equivalente al mercurio en el proceso de amalgamación», factor responsable tanto del enorme incremento de ambos productos en el siglo XVI como de su «fuerte caída en el siglo XVII», acompañada por la de la «población indígena» (1984: 18-19). Pero ninguno de estos autores nos explicitan el porqué de esta relación tan estrecha entre consumo de coca y explotación minera.

Son los antropólogos quienes nos dan las pautas del cambio drástico que significó para una población campesina el paso forzado a la extracción minera. El envío anual a Potosí de la séptima parte de los pobladores asentados entre Cusco y Tucumán echa a millares de hombres jóvenes e inexperimentados en la noche oscura de los pozos y socavones, «mundo de abajo» (*manqha pacha*) cuyos dueños son los muertos y otros «demonios» (*supay*). Aun si rápidamente el trabajo más delicado de cavar las vetas será confiado a un asalariado permanente y experto (barreteros, *mingas*), la tarea de evacuar el metal (*apires*) seguirá como experiencia traumatizadora para los *mozorunas* («novatos»), como lo observó B. de Cárdenas:

...subir luego el indio cargado con arrobas de metal por toda aquella escala tan larga y peligrosa que caen della muchos y se hacen pedazos y casi todos se van al infierno porque en la mina cometen formales idolatrías, llamandola señora y reina y pidiendole que se ablande y ofreciéndola en sacrificio una hierba maldita que llaman coca, que para esto y para mascarla la compran los indios porque dicen que les da fuerza... (Memorial, 1632).

Entonces la «hoja sagrada» debe aplacar las fuerzas oscuras, dueñas del metal, y a la vez conferir seguro emocional y físico. No compensa tanto una falta de alimentos o una dieta desequilibrada como permite la movilización energética (física y mental) para superar los temores frente a un trabajo tan peligroso y dramático, que requiere hasta instalarse por varios días en las profundidades del Cerro Rico (8).

Claro que bajo los Incas los trabajadores mineros eran especializados y recibían su ración de coca. Lo novedoso es la extensión de la tarea impuesta ahora como *mita* (turno rotativo) a un centenar de grandes pueblos (*marka*) que pertenecían al antiguo *Collasuyo* y que habían dado al Imperio cusqueño los famosos guerreros de la «confederación charcas». Vale recalcar esta herencia en la percepción indígena del «servicio de minas» a favor del Monarca cristiano, *mita* minera que decían cumplir en la «chacra del Rey». Es el cronista Ramírez del Aguila quien nos recuerda cómo salían los contingentes de mitayos a Potosí « a usanza de guerra, con sus armas antiguas y galanes de plumas y dicen que son soldados y capitanes de su magestad que van a pelear con las minas» ([1639] 1978: 132). No olvidemos cómo mucha coca era repartida a los soldados durante las campañas militares del Inca, y también durante la iniciación guerrera. Entonces tendríamos asociados los tres elementos —la guerra, las minas y la coca— que pertenecen al mismo complejo simbólico que envuelve el pacto de lealtad recíproca entre el Rey de España y sus vasallos americanos, garantizando los derechos de cada uno (Assadourian, 1983; Platt, 1983; Saignes, 1987). De ahí surge una conexión con el rito llamado *cocaquintu* que consiste al comienzo de un trabajo colectivo a ofrecer tres hojas a las deidades y cuyo nombre recuerda el quinto destinado a la Corona sobre la extracción de las riquezas metálicas del Nuevo Mundo (9).

(8) Sobre las creencias acerca del mundo subterráneo, ver BOUYSSÉ-HARRIS: «Pacha», en *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*, Hisbol, La Paz, 1987. Los *apires* son los cargadores (ver G. DE LLANOS: *Diccionario de minas...* [1609], La Paz, 1983). El «memorial» de Cárdenas en BN Madrid, ms. 3198 (habría sido impreso en 1634 según Zavala, 1979, 98). Sobre el deterioro del trabajo minero (introducción del sistema de «tareas»), ver ALVAREZ REYEROS: «Relación...» [1670], en *Revista de la Biblioteca Nacional*, XI, núm. 28, Buenos Aires, 1943, y la tesis de Bakebell, 1984, cap. 4.

(9) Sobre la importancia de la guerra en el mundo aymara e inca, ver COBO [1653] y los estudios de MURRA (*Annales ESC*, París, 1978, núms. 5-6) y PLATT (en *Tres reflexiones...*, op. cit., 1987). La relación de *cocaquintu* con el «quinto real» (de 20 por 100 sobre los metales preciosos), la propone E. MAYER en su excelente comentario de la tesis doctoral de C. A. WAGNER (1978) sobre coca, chicha y trago en una comunidad quechua (*América Indígena*, 1978, 1001). Puede referirse también a la alcabala de 5 por 100 (pasó

Capoche mismo no queda insensible a la dimensión ritual de la coca (que compara al laurel de los romanos), usada en los sacrificios «a sus huacas o ídolos, en los oratorios, y en sus casamientos la habían de mascar el varón y la mujer y era la ceremonia que consumaba el vínculo del matrimonio». No trato aquí el papel que sigue jugando la hoja en el intercambio simétrico entre la gente y con el cosmos, bien analizado por los antropólogos (C. A. Wagner y E. Meyer, 1978, entre otros); el consumo ritualizado en el marco de las sesiones colectivas del ciclo vital, privado y comunitario, no debe afectar tanto las cantidades de coca importadas a Potosí que sigue nuestro principal puesto de observación y de cuestionamiento.

Para resumir, al dudar del efecto recuperador del coqueo («operación que a solo el sueño se atribuye y pertenece tan maravilloso efecto»), Capoche no ofrece otra explicación de su expansión, como tampoco recalca los aspectos sico-simbólicos que lo ligan al trabajo minero. Sin embargo, el gran mérito de su informe consiste en proporcionar las evaluaciones cuantitativas y unas apreciaciones cualitativas que permiten ahora abordar la enigmática declinación del consumo indígena de coca a comienzos del siglo XVII.

¿CRISIS DEL CONSUMO?

El «discurso» de 1610 proporciona las cantidades y los precios de las hojas importadas al centro minero; podemos así compararlos con los datos de 1585 y de 1603. Capoche recuerda primero la punta máxima de cien mil cestos de coca (= 1,15 toneladas) en 1583, y cita no su propia «relación general» de 1585, sino la *Historia* (1590) de Acosta, autor que ha seguramente seguido aquí el mismo texto de 1585 (sic!). Luego, indica un constante declino marcado por las cifras siguientes:

Año	Cantidad (cestos)	Precios (ps. cor./cesto)		Fuentes
		venta Potosi	diez. Cusco	
1585	95.000 a 90.000	13,3	4	Capoche, AGI
1603	60.000	8		Descrip, RGI
1610	30.000 a 25.000	6	2	Capoche, ADI

luego a 2 por 100) que afectaba el comercio de la coca (GAGLIANO, 1963, 62, nota 94).

En sus mejores tiempos, el cesto llegó a alcanzar el precio de 60 pesos («este trato fue la contratación más gruesa e importante del reino»), lo que muestra en 1610 una caída del precio de diez veces (y la mitad en relación con 1585). El desnivel inicial entre la fuerte demanda minera y la baja producción se invirtió con un excedente de oferta sobre el consumo. Es la coca cusqueña (área de Paucartambo-Tono) la que abastece el mercado potosino y la que sufrió más del desfase: logró producir hasta 140.000 cestos (una séptima parte por las chacras indígenas). El diezmo afectaba sólo la producción española y alcanzaba 12.000 cestos, cifra que cayó a la mitad en 1610 con una rebaja equivalente del precio del arrendamiento (de su cobranza: de 4 o 4,5 pesos corrientes a 2). De tal forma que en el mercado potosino se vendió solamente la mitad (30.000 cestos) de su producción y se hallan «represados quince mil [cestos] por no haver tenido salida».

Capoche no indica otro centro abastecedor de Potosí y se contenta con evocar la distancia con Cusco de los demás «valles» coqueros dispersos a lo largo de la vertiente oriental: San Gaban (Carabaya), Challana y Chacapa (más conocidos como «yungas de Songo»), Suri y Pocona («no es tan buena, ni tiene el valor, ni se trae a esta villa») par el sur; Huánuco, Jauja, Quito, Pasto y Popayán al norte. Para Charcas, olvida dos zonas productoras que por abrigar a «colonos» (*mitimaes*) de altura juegan cierto papel: Camata y Carijana como yungas kallawaya (noreste de la provincia de Larecaja) y los Yungas Chapes (Chulumani/Chicanoma). Estos enclaves secundarios alimentan flujos directos con el altiplano (Collao) de cierta importancia aun si no podemos cuantificarlos: es de suponer que los *mitayos* altiplánicos llevan consigo coca durante su turno minero (ver las llamas «cargadas de coca y maíz» en la Descripción de 1603). Además, paulatinamente los yungas paceños (Songo, Chapes y Suri) van a reemplazar la zona cusqueña como proveedora privilegiada del mercado potosino (10).

Capoche da una pista para entender esta futura promoción de los Andes orientales de Charcas: son «del mismo temple de los de

(10) Ver el mapa de los tributos en coca impuestos en los yungas orientales del Collao dibujado por T. BOUYSSÉ-CASSAGNE: *La identidad aymara: una aproximación histórica*, Hisbol, La Paz, 1987, p. 135. Sobre Songo o Zongo (notemos cómo a fines del siglo XVI desaparece su nombre en provecho de sus valles vecinos, Challana y Chacapa), ver la Visita de 1568-69, en prensa, por J. V. MURRA (Madrid, 1988) y el estudio de ROMANO-TRANCHAND (*Hisla* 1, Lima, 1982). Sobre Camata y Carijana, ver SAIGNES, 1985, caps. 3 y 5. Existe una «visita» de 1567 inédita sobre los Yungas Chapes (AGI, Justicia, 1064, y los de Pocona [en base a una visita de 1557, publicada en *Historia y Cultura* 4, Lima] son estudiados por R. BARRAGÁN (en prensa, Hisbol, La Paz, 1988).

Cusco, pero no tan cálidos ni lluviosos ni que cause enfermedades tan graves», en particular la terrible leishmaniasis (o «mal de los Andes») que roe las carnes. Según el autor, el mal afecta a los trabajadores de altura a su retorno en sus tierras «que son sanísimas» cuando secan la coca «con los vapores que levanta el sol de ella que son los que causan el daño en aquellos valles», explicación que difiere de las propuestas por Matienzo (1567), Acosta (1590) y otros. Además, la coyuntura climática puede acentuar este deterioro endémico de los Andes cusqueños: el fin del siglo XVII y el siguiente corresponden a la «pequeña edad glaciaria» que se traduce por una mayor humedad, ampliando quizá el área patógena de la leishmaniasis y los efectos mortíferos de las bajadas a los yungas (11).

Sin embargo, ningún cronista alude a una cualquiera «crisis climática» en las zonas productivas para explicar la caída de las compras potosinas. Se debe culpar al declive de la demanda; afectó una tercera parte del volumen importado a fines del siglo XVI y de nuevo otra tercera parte durante el primer decenio, perdiendo así las dos terceras partes del volumen inicial y la mitad del precio de venta en un cuarto de siglo. ¿Valen únicamente para estas años estas cifras o indican una tendencia? Capoche proporciona un volumen promedio («un año con otro»), estadísticas globales que luego nos hacen falta para el centro potosino hasta fines del siglo XVIII. En el XVII se deja notar cierta stagnación del precio que se mantiene entre 6 y 8 pesos marcando luego «un declive relativo» hasta los años 1780 (12).

Ya en 1619 el Rey escribía al virrey preguntándole «por qué se había enflaquecido notablemente este beneficio», pero ignoramos cómo contestó (Zavala, 1979: 125). Hemos visto que los historiadores de la coca ofrecen una respuesta: relacionan su declive con la baja de la población y de la producción de plata. Capoche no hace semejante paralelismo. ¿De quién fiarse? Recordando que nuestra discusión sigue válida ante todo para Potosí (y el distrito minero

(11) Sobre la leishmaniasis (o *espundia* en quechua, *uta* en aymara), ver el excelente estudio del geógrafo D. W. GADE: "Inca and colonial settlement, coca cultivation and endemic disease in the tropical forest", *Journal of Historical Geography*, v. 3, 1979, pp. 263-279. Parece menos virulente en los cocales de Charcas; pero en Pocona, TH. BOUYSSÉ (op. cit. en la nota anterior, p. 414, nota 2) señala otra enfermedad, el *sacha hongo* ("enfermedad del monte") que "hincha la barriga" según escribe el visitador F. de Alfaro al Virrey Montesclaros [1609], ADI.

(12) Parkerson habla de declinación, lo que no se nota tanto en el precio ni en el comercio, que sigue activo durante el siglo XVII, ver los estudios de Glave (en particular 1986), Escobari (1985), Choque y Santamaría (sobre siglo XVIII) en Harris, Larson y Tandeter (1987).

de Charcas) examinemos primero la doble pista de la demografía indígena y del contingente laboral afectado a la extracción y fundición del metal.

Es preciso constatar que a comienzos del siglo XVII no se percibe la menor baja de la población potosina. Más bien el asiento minero sigue atrayendo a un gran número de migrantes rurales; recordemos las quejas de los corregidores, curas y caciques: «de diez indios que van a Potosí, no retorna la mitad». Las «relaciones» de este período estiman que la Villa abriga unos 30.000 hombres residentes (artesanos, *yanaconas*, asalariados mineros) y unos 20.000 itinerantes o transeúntes (*mitayos*, trajinantes). A mediados del siglo XVII, los moradores permanentes comprendían unos 25.000 hombres indígenas (13).

En cuanto a la mano de obra minera, la baja numérica del contingente de *mitayos* (fijado a 13.400 hombres anualmente) es ahora bien conocida: falta la tercera parte a comienzos del siglo, proporción que alcanza la mitad a mediados del siglo. Sin embargo, el recurso a trabajadores «libres» (*mingas*) suple a esta falta y pronto su número supera el de los *mitayos*. La propia curva de la plata producida y registrada marca un máximo en los años 1590 (casi 900.000 marcos) que baja de una tercera parte a partir de 1620 (600.000 marcos) y más de la mitad a partir de 1665 (Bakewell, 1984: 28-29). Debemos sospechar sin embargo que hay una fracción importante de plata no registrada, pues la curva de llegada de los metales preciosos americanos en Europa sigue alta durante todo el siglo (Morineau citado por R. Romano, 1986: 75 y 88).

Entonces, sea a nivel de la población o de la producción de riqueza metálica o de la actividad económica (notable en el tráfico comercial, ver Escobari, 1985), la capacidad consumidora del sector indígena de Potosí no parece haber sufrido una merma de consideración durante la primera mitad del siglo XVII, o por lo menos ninguna variación equivalente a la caída de los dos tercios que revelan las importaciones de coca en Potosí entre 1585 y 1610.

Por otra parte, al extender la encuesta demográfica al altiplano,

(13) Una lista de estimaciones numéricas en la introducción de ARZANS Y VELA: *Historia de Potosí*, Providence, 1965, pp. LXIX-XX. En 1616, P. Ozores de U. da 40.000 hombres “según censos” (ADI); en 1645, Bolívar indica unos mil *yanacóna*, 9.000 “forasteros” (que pagan tributo) y unos 15.000 “sin reducción conocida” y otra relación anónima bien informada atribuye 24.000 (ver Zavala, 1979, pp. 109-110). Por otra parte, la baja de la producción de plata no significa automáticamente la del número de trabajadores afectados a este sector: al contrario, la baja ley del metal podría requerir a más gente para extraerlo (comentario de T. Platt, a quien agradezco por su lectura de una versión previa de este trabajo).

esa coyuntura se explica mejor: si Capoche (1610) o Lizarraga (hacia 1600) no indican el factor demográfico es que hasta la fecha el descenso sigue leve (inferior a 10 por 100) y remite también al ausentismo; es más tarde cuando las «crisis de mortandad» cobrarán su pleno efecto entre la población adulta, en particular las de los años 1615-1619 que presencié Cobo en el Collao y en 1635-39 relatadas por B. de Cárdenas (14). Por ende, la doble explicación, demográfica y alimenticia, del poco éxito de la coca, la proponen solamente cronistas tardíos:

por la disminución desmedida de los indios y los nuevos usos del vino (León Pinelo, *El paraíso en el nuevo mundo*, 1653); lo uno porque los indios han venido en gran disminución, y, lo otro, porque con el trato y comunicación con los españoles se van desengañando y cayendo en la cuenta de que les es de más provecho el pan, vino y carne que el zumo que chupaban de esta hierba, y así de mejor gana gastan ya su dinero en estos mantenimientos que no en la coca, tan preciada de sus antepasados (Cobo, I: 215).

Antes de esta fecha, la argumentación gira en torno a un único factor, el cambio de dieta: «se va disminuyendo esta contratación porque los indios ya más quieren pan y vino que coca» (Lizarraga, 1968: 65). De nuevo aquí, frente a una reorientación consumidora tan radical, Capoche ofrece los matices necesarios:

los que la [coca] gastaban fueron los indios antiguos en quien mas arraigada estaba su pernicioso opinión y los modernos, con la mejoría que han hallado en los mantenimientos de Castilla y el vino, no usan de ella con aquel exceso.

Conviene notar que la pérdida de atracción por el coqueo traduce una oposición entre «antiguos» y «modernos», vocabulario que connota a la vez una tensión generacional entre «ancianos» y «jóvenes» (confirmado por el contador de las rentas decimales del arzobispado cusqueño en 1621: «no lo gastan ya los indios mozos que trabajan en las minas de Potosí y en otras partes que todos

(14) Sobre mejores condiciones sanitarias en Potosí y menor estrago de las epidemias, ver Bakewell, 1984, 109 núm. 3. Un efecto fue de empujar la gente hacia el centro minero donde tenía la seguridad de conseguir un abastecimiento mínimo (cf. auto del cabildo para importar cereales de los valles en 1592, Escobari, 1987, 23). Varios cronistas (Cobo, Lizarraga, ...) señalan una menor mortalidad en altura y una alta tasa de fecundidad (ver la «descripción y relación hecha por Juan Suárez de Cepeda de la villa imperial de Potosí...», Madrid, 1603, AGI, Indif. Gral. 1221, en *Arte y Arqueología*, núms. 8-9, 1982-83, La Paz, p. 174). Sobre el problema de las fuentes y el impacto de las epidemias y del ausentismo, ver SAIGNES: «Politiques du recensement dans les Andes coloniales: décroissance tributaire ou mobilité indigène?», en *Histoire, Economie et société*, 1987-4, París, pp. 435-463.

beben vino y no mascan coca», citado por Glave, 1985: 25) y posturas divergentes frente a la «tradición» y al «cambio» (de patrón de consumo). Por otra parte, no dice que se produjo una total sustitución, sino una moderación, lo que requiere aquí un doble comentario. Primero, al responsabilizar a la caída demográfica, cronistas tardíos e historiadores actuales volvían a postular la estabilidad de la relación cantidad/persona; pero Capoche sugiere más bien una reducción del consumo individual. Además valdría quizá relacionar semejante moderación con el carácter *reciente* (post-inca) del uso masivo (Capoche habla de «opinión» más que de costumbre); en este caso, el «boom» consumidor de hojas cubre solamente un medio siglo (1540-90). De hecho, los años 1600 marcan el relevo de la generación que alimentó los únicos contingentes completos de *mitayos* a destino de Potosí y que se dio con «tanto exceso» (Cobo) al *acullico*. Del mismo modo ven desaparecer a los últimos sobrevivientes de la elite dirigente prehispánica, como Alonso Tito Atauchi, nieto de Huayna Capac (muere en Potosí en 1610) o el viejo cacique de Moho, conocido de Cobo, cuyo «buen gobierno» permitió la mejor conservación de sus súbditos (1964, II: 121-22).

Capoche da la impresión que el coqueo representa un modelo de consumo desgastado. Sin embargo, el desplazamiento afecta a una cadena de productos poco equiparables en el plano dietético pero sí en el plano simbólico: desde una planta andina, cuya virtud estimulante en la movilización física y síquica del mundo indígena para enfrentar la labor minera hemos recalado, hasta un cereal panificable (a diferencia del maíz) y una fruta fermentada, que han cobrado un valor simbólico tan alto en el complejo mediterráneo-cristiano, el pan y el vino. Notemos de nuevo cómo los cronistas perciben la coca como comida y bebida: «conserva el radical cuando les falta el mantenimiento» (Capoche), «no sienten sed, hambre ni cansancio» (Cobo) —tesis que acepta Gagliano (pero que desdeña Parkerson), aun si se sorprende de que los indios prefieran comprar vino, mucho más caro que la coca (1963: 62).

Por ende, intentemos evaluar estos costos. Sabemos ahora que los salarios de los *mitayos* (entre 3 y 4 reales al día) apenas permiten cubrir sus necesidades caloríficas (calculados en tubérculos, maíz o carne seca); peor, en 1608 un informe estima que para reproducir su fuerza de trabajo el *mitayo* gasta tres veces más que su salario (Bakewell, 1984: 101-105). Sin embargo, durante la otra mitad del año, o si se queda en Potosí, el migrante y su familia pueden alquilar su fuerza de trabajo con ganancias apreciables. Capoche recuerda cómo el concierto salarial del trabajador «libre»

(*minga*) alcanza «4 reales y el aprovechamiento del metal», forzando la reticencia del dueño de minas: «si esto [el metal] faltase no irían a las minas, porque claro está que para servir en una cocina hallarán 4 reales y de comer» ([1585] 1959: 174). En la mina puede alcanzar en seis meses (si es barretero) un salario de 234 pesos corrientes (sin hablar del mineral que lleva), cuando ganaba antes de *mitayo* solamente 65 pesos (Bakewell, 1984: 134).

Con semejantes salarios, ¿qué alcanzaban los trabajadores libres y forzados en estos productos? Una encuesta realizada en las minas bolivianas en 1949 da un consumo cotidiano de 50 a 60 gramos por trabajador. Si elevamos el coqueo a 10 gramos diarios a comienzos del siglo XVII, un trabajador minero necesitaría dos cestos para seis meses de *mita* y gastaría 12 pesos corrientes, es decir, menos de la quinta parte de su salario (15). Seis meses de pan diario (a un real la libra) le costaría el equivalente de la tercera parte (menos de la décima parte del salario en el caso de un *minga* barretero).

Dada la importancia tomada por los trabajadores «libres» en el proceso de explotación minera, que coincidiría por otra parte con la llegada de una nueva generación, se vuelve más verosímil el expendio de «mantenimientos de Castilla» en el cerro: Capoché evoca las mujeres indígenas con prisa por vender en la «plaza del metal» antes de las once de la mañana «por volverse a sus casas y llevar al cerro de comer a sus maridos y buscar otro metal» (1610) y Lizzarraga atestigua que «en el mismo cerro hay sus plazas con todas estas cosas [= comidas] y vino y pan, hasta en la misma coronilla del cerro, que llevan las indias donde lo venden así a indios como a españoles» (1968: 89).

Dada su asequibilidad económica, debemos contrastar esta difusión del pan de trigo con lo que puede reemplazar. Cobo nos dice que las papas «son mantenimiento tan general en el Perú que la mitad de la gente no tienen otro pan» y en particular en las tierras frías del Collao, bajo su forma deshidratada (*chuño*), «no comen los indios otro género de pan más que éste» ([1653] 1964 I: 168). Si equiparamos sus calidades respectivas, la cereal panificada se digiere más fácilmente y su valor calorífico es tres veces superior al de la papa (16).

(15) El trabajador consume más o menos tres kilos por mes, es decir, un cesto (= nueve kilos de hojas, una vez quitada la envoltura) por tres meses (claro que son precios al mayor, más altos si se vende por menudo).

(16) El consumo indígena de pan se percibe en las cantidades de harina de trigo importadas equivalentes, según la Descripción de 1603, a las de maíz consumidas. Ver normas caloríficas internacionales referidas por Ba-

La adopción del pan de trigo pone en juego por ende tres campos: dietético (ganancia energética), económico (costo de sustitución) y simbólico (valoración colectiva). Su éxito traduciría el advenimiento de un sector indígena más joven, de mayor posibilidad económica y abierto al consumo de productos europeos. Pero, ¿qué pasa con el vino, mucho más caro y que compite además con otro excitante tan familiar?

¿VINO O CHICHA?

La disminución del consumo de coca coincide con una reorientación global del uso de estimulantes en Potosí. Este aspecto nos lleva a completar nuestra encuesta con otro producto de origen europeo: el vino, cuyo uso se va difundiendo entre la población indígena. Sin embargo, tiene un precio elevado y la compra de una botija de vino corresponde a la quinta parte del salario de seis meses de un *mitayo* (y mucho más si se consigue al menudo, por cantidades fraccionadas).

El uso del vino debe cuestionarse con relación directa a la chicha, la gran bebida excitante prehispánica en base a maíz fermentado. Los valores relativos de las dos bebidas —al principio del siglo XVII— van a favor de la chicha: en Potosí, el vino peruano cuesta trece veces más y en las minas de Oruro, según la relación de 1607, «la botija de vino de estos valles [de La Paz] a 8 pesos y la botija de chicha a 2 reales», es decir, un precio 20 veces superior (F. de Godoy, AGI Charcas 32).

Capoche aborda el tema de la chicha no en su «discurso» de 1610, sino en su relación de 1585, en el párrafo sobre las «capitanías de mita», y lo trata específicamente, como todos los cronistas, en relación con las «borracheras»: «Y de sólo el desorden y exceso que hay en esto se pudiera hacer un gran capítulo.» Recuerda la vana tentativa del virrey Toledo para restringir su uso vendiendo la chicha solamente en tabernas (pulperías) y prohibiendo la importación de harina de maíz. Pero los intereses locales eran más fuertes. La Audiencia de Charcas permitió «que libremente puedan traer harina» bajo el doble argumento de «obviar los hurtos» acaecidos en el soborno de los alguaciles españoles y de «escusar el trabajo de moler los indios e indias el maíz que compraban en gra-

kewell (1984, 103), quien da en el apéndice 2 (p. 194) el precio del vino por botija (11,5 litros), que oscila entre 12 y 15 pesos durante la primera mitad del siglo, precios al mayos, recordemos.

no a mano, ... y que era mucha la gente que en esto se ocupaba» (17), concluyendo:

Y pues por cualquiera vía [los indios] habían de beber, era bien excusar los otros daños y el acudir al vino, que sería de mayor inconveniente y perjuicio (1959: 141).

Las cantidades de bebidas alcohólicas vendidas en Potosí en 1603 parecen dar la razón a la Audiencia: 1.600.000 botijas de chicha (es decir, 18,4 millones de litros) contra 50.000 de vino (575.000 litros) o sea 32 veces más. Podemos sospechar además que los compradores de vino se encuentran principalmente entre los españoles de la ciudad que la Descripción de 1603 estima a 3.000 personas, sin contar los pasajeros.

El triunfo del maíz fermentado fue de corta duración sin embargo. Los temores de la Audiencia tenían fuerza de predicción a la larga. Los excelentes testimonios de origen eclesiástico revelan que el consumo de vino se expande durante la primera mitad del siglo XVII. El franciscano B. de Cárdenas, visitador del arzobispado de Charcas, acusa al «vino nuevo y fuerte», que «causa tabardillos y dolores de costado», y a los corregidores que hacen de su provechoso reparto («la botija que costó 4 o 5 pesos se la venden al indio en 14 y 15») su «principal trato» (Cochabamba, 1632). Siete años después, extiende su condena al vino y a la chicha, cuyo comercio da un beneficio respectivo de 80 y 100 por 100 y acaba presagiando la «ruina del Perú», porque:

la disminución lastimosa y asolamiento de tan infinito número de indios [...] no la causa la mita de Potosí ni Huancavelica sino el vino y la chicha y embriaguez continua... (18).

El canónigo de la catedral de La Plata recalca la preferencia dada a la nueva bebida y el gasto excesivo que acarrea en los pueblos:

los indios no tienen consumo y desperdicio de hacienda en otro vicio que en beber, son muy amigos del vino y aunque tienen su bebida de la chicha, hecha de maíz, mucho más estiman la del vino

(17) En su respuesta a las acusaciones de fray Luis López, Toledo recuerda «haber prohibido la introducción de harina de maíz, que era la principal fuente de embriaguez de los indios cuando fue a Potosí» (1580, CODOIN XCIV, 517-18). Durante el siglo XVII se notan campañas «moralizadoras» con la misma prohibición y el cierre de las pulperías, sin mayor éxito que el virrey (ver Acuerdos del cabildo de Potosí).

(18) Cáylloma, 1639, BN Madrid, ms. 3042, fols. 209-18. Ver el P. Fidel de LEJARZA, OFM, «Las borracheras y el problema de las conversiones en Indias», *Archivo Ibero-Americano* 1, 1941, pp. 110-142 y 229-269.

y en sus pueblos entran grandes partidas de él, que todas se consumen y gastan; vendensele los españoles bien caro en que tienen gran ganancia, el precio de una botija es de 12 y 14 ps y vendida por menudo llega a 18 y 20 ps (Ramírez del A. [1639] 1978: 131).

Es finalmente el jesuita Cobo quien nos explicita el éxito del vino por el prestigio social que representa entre la elite indígena:

y vale ya tan barato el vino que en los valles donde se coge vale de 3 a 4 ps la arroba, de manera que vendido a 3, corresponde a 6 reales en España [...] Han entrado los naturales de todas estas Indias en el uso de nuestro vino con tanta afición que por muchas viñas que se planten, no llegará tiempo, mientras hubiere indios en que se derrame el vino del año pasado, aunque sea medio vinagre, para henchir las vasijas de nuevo. Pareceles que la nobleza del licor los excusa de la infamia que acarrea la embriaguez; si bien nunca entre ellos se tuvo por afrenta e infamia el emborracharse, y así los indios ladinos y de caudal, que son los que más usan del vino, si cuando se embriagan se lo reprendemos, suelen alegar por excusa no ser su embriaguez de chicha, sino de vino (Cobo [1653] 1964, t. 1: 392-93).

Se confirma aquí que el uso del vino toca ante todo a la fracción más rica y aculturada («ladina») de la sociedad indígena: ¿Implica por eso un patrón de consumo distinto al de la ingestión de chicha? Debemos recurrir de nuevo al caso potosino y a nuestro guía, Capoche. Después de evocar las «perpetuas embriagueces» [con chicha] indígenas en «que gastan estos pobres todo lo que ganan», el autor advierte que los capitanes de mita (o sea los grandes caciques) «también tienen cuidado de castigar sus borracheras, pero ellos son los que primero se emborrachan» ([1585] 1959: 141).

En un trabajo anterior (Saignes, 1987) mostré que la toma de chicha, cuyo uso prehispánico se restringía al ciclo ceremonial, se «secularizó» con la ruptura del riguroso control estatal. Interviene también el fenómeno del «apetito reprimido» demasiado tiempo, ya evocado en la difusión de la coca. Nos toca en otro trabajo analizar el sentido de este «alcoholismo» indígena masivo que remite tanto a la actitud de las sociedades tradicionales o pre-industriales frente al trabajo como a la situación colonial imperante en los Andes, siendo la ebriedad valorizada como abriendo una comunicación superior con la colectividad y el cosmos, sin olvidar el aporte calorífico del alcohol. Podemos anticipar que el vino no modifica sustancialmente este patrón de consumo.

Lo importante aquí es destacar cómo los caciques incorporan ahora al modelo ostentatorio el vino, de mayor prestigio social.

Sea para guardar el monopolio de una práctica tan valorada, sea porque perciben las consecuencias de su difusión entre sus súbditos, no extrañará si luego, plagiando el discurso más infamante de la polémica colonial acerca de las «borracheras» indígenas, pasan a su vez a denunciar en Potosí a sus propios *mitayos*

porque de suyo son haraganes y que huyendo el trabajo por estarse en sus vicios y borracheras; cada lunes, los dueños de mina los dejan emborrachar por estar esperando candelas y barretas, [...] ocasión por bajar huyendo del trabajo y por beber ... —y piden— que los lunes no lleven botijas de chicha para vender como las llevan las mestizas, mulatas e indias ladinas de españoles por el daño de que se sigue... y que no haya tiendas de pulperías de chicha (19).

Chicha primero, vino luego: el desplazamiento de la letanía antialcohólica deja aflorar las fisuras del antiguo «orden» y las nuevas pautas sociales que confieren al centro minero un papel fundamental. Los caciques, al incriminar la conducta de sus sujetos, reanudan los mismos reproches proferidos unos años antes por los misioneros jesuitas, quienes temían como resultado de la *mita* potosina el mestizaje socio-cultural intra-étnico acelerador de la inserción del campesinado andino en el mercado colonial: «Como están mezclados con indios de tantas naciones, danse a vicios y borracheras» (P. Ayanz, «Breve relación de los agravios ...» [1596], Lima, 1951: 39).

CONCLUSIÓN: «LA FALSA ECUACIÓN» COCA = PAN + VINO

El informe inédito de Capoche obliga a revisar el uso popular de estimulantes en Potosí en un momento clave de su historia, los comienzos del siglo XVII, cuando se perfila el ocaso de un producto andino, la coca, y la promoción de otro de origen europeo, el vino.

Ahora bien, la base estadística tiene su limitación, pues registra la sola fracción mercantilizada del consumo, o dicho de otro modo, ignora por completo el sector de auto-consumo indígena, sea producido por las mismas comunidades, sea adquirido por trueque.

A pesar de todo, este testimonio apunta un fenómeno innegable que varios cronistas confirman, aun si avanzan explicaciones distintas. Capoche no atribuye la declinación de las ventas de hojas en los centros mineros charqueños a la merma demográfica, sino

(19) "Apuntamientos de los caciques y capitanes reunidos en Potosí" (sin fecha, años 1610), ADI, "papeles de Montesclaros", vol. 110.

a una reducción del consumo por la nueva generación, que había sido criada en el marco del reordenamiento toledano. Debemos preguntarnos si este relevo generacional no traduce a la vez un proceso de diferenciación social interna fundada en la migración hacia los centros mineros y/o urbanos y una mayor inserción en el mercado colonial, ya que el acceso a los «mantenimientos de Castilla» requiere pasar por unos circuitos que escapan al control indígena.

El coqueo no desaparece por eso, sino que, después de los «excesos» del medio siglo anterior, imputables a la «democratización» de un producto hasta ahora reservado y a la adaptación de la población altiplánica a una labor minera, novedosa y penosa, retorna a niveles más «moderados», de acuerdo a la profesionalización parcial de la mano de obra minera. Relacionar su baja con nuevos gustos alimenticios avalaría una «falsa ecuación» (Romano): coca = pan + vino. Por cierto, el malentendido tiene algún fundamento físico-químico, pero la hoja no se reduce a una pretendida sustitución nutricional: su propiedad euforizante (sirve como operador de la reciprocidad y del intercambio) y su consagración mágico-religiosa remiten a las expresiones más valoradas de la cultura andina. Más bien surge otro modo de equiparación que consiste a oponer entre sí dos alimentos sólidos, pan versus tubérculos, y dos bebidas alcoholizadas, vino versus chicha.

Estas equivalencias y el desplazamiento hacia productos europeos plantean un serio problema de acceso económico. Se ha calculado que un salario de *mitayo* bastaba apenas para su reproducción energética diaria (claro, habían otras fuentes, monetarias y no monetarias, de ingreso). La magnitud del gasto indígena en nada más que la adquisición de coca, chicha y vino, si nos limitamos al capítulo de la excitantía, es asombrosa (al mantenernos a las cantidades vendidas a precio de mercado, alcanzan en 1603 dos millones de pesos corrientes, esto es, tres veces la masa salarial minera).

Semejante gasto obliga a revisar el clisé de una existencia indígena reducida a la mera sobrevivencia material y a investigar la amplia gama de sus recursos mercantiles y no mercantiles, legales y clandestinos. Del mismo modo, los cálculos económicos del presupuesto familiar no pueden limitarse a estimar su capacidad adquisitiva en maíz, chuño o charque. Deben tomar en cuenta otra trilogía no menos «básica» que se llama coca, chicha y vino. En el ambiente tan rudo de Potosí, el barretero, el cargador o el arriero cuestionan plenamente la oposición arbitraria planteada por el

filósofo: «el hombre es hijo del deseo y no de la necesidad» (Bachelard, en Braudel, 1967: 136).

Por lo tanto, lejos de obedecer a meras determinaciones físico-químicas o económicas, el consumo de excitantes aparece como un «hecho social total» (M. Mauss) que pone en juego todas las dimensiones de la vida humana, y cuyas variaciones revelan coyunturas históricas reales.

Bien vana parece, por ende, la pretensión de los apoderados potosinos al defender el precioso cultivo ante el virrey Toledo: «No habría más Potosí de cuanto durase la coca.» (Capoche [1585] 1959: 176). Las importaciones cayeron y ni la ciudad ni el sistema colonial se desplomaron. Nuevos productos, como el vino, sirven igualmente de excitante y de acelerador mercantil, pieza esencial del «reparto de mercaderías», cuyo peso sobre la sociedad indígena es objeto de debate. Ahora futuros estudios deberán determinar cómo el vino, y también nuevos estimulantes, como la yerba mate (aparece en el segundo tercio del siglo xvii) y, más tarde, el aguardiente, han podido entrar en una «interrelación dialéctica» dentro de la sociabilidad andina, tema sugerido por E. Mayer (1978: 1003), quien teme con la restricción del coqueo su desplazamiento hacia el alcoholismo.

Vicisitudes históricas: porque en este antagonismo entre varios estimulantes que sirven también de indicador sociológico, para abreviar apuntando cierto grado de mestizaje, nada está jugado: la coca vuelve en fuerza a fines del siglo xviii, sin hablar del «boom» reciente (ya por otros motivos, ver Desjardins, 1987). En cuanto al vino y la yerba mate, desaparecen del consumo popular en el siglo xix.

Al predecir la larga vida de la «hoja sagrada», Capoche (1610) habría seguramente matizado las varias caras de su actual triunfo:

aunque por cogerse 4 mitas en poco más de un año y ser la duración del árbol 30 y correr como si fuera moneda comprando y rescatando lo que han menester en su trueque, seguirán su agricultura.

FUENTES

- ACOSTA, J. de, 1954: *Historia Natural y Moral de las Indias* (1590), Obras BAE.
 CAPOCHE, L., 1959: *Relación general de la Villa Imperial de Potosí* (1585), BAE.
 CÁRDENAS, B. de, 1634: *Memorial y relación ... de cosas del Perú* (1632) Madrid.
 COBO, B., 1964: *Historia del Nuevo Mundo* (1653), Obras, 2 tomos, BAE.
 LIZARRAGA, R. de, 1968: *Descripción breve del Perú...* (hacia 1600), BAE.
 MATIENZO, J. de, 1967: *Gobierno del Perú* (1567), IFEA, Lima.

- POLO DE ONDEGARDO, J., 1916: "Relación de los fundamentos..." (1571), CLDRHP.
 RAMÍREZ DEL AGUILA, P., 1978: *Noticias políticas de Indias...* (1639), Sucre.
 ZAVALA, S., 1979: *El Servicio Personal de los Indios en el Perú*, t. 2, México.

ESTUDIOS

- AI, 1978: *América Indígena*, t. XXXVIII: núm. especial sobre la coca, México.
 ASSADOURIAN, C. S., 1982: *El sistema de la economía colonial*, IEP, Lima, 1983, "Dominio colonial y señores étnicos en el espacio andino", *HISLA* 1.
 BAKEWELL, P., 1984: *Miners of the red mountain: Indian labour in Potosí, 1545-1650*, University of New Mexico Press.
 BARNADAS, J., 1973: "Una polémica colonial: Potosí, 1579-84", *JAS* 10, Köln.
 BRAUDEL, F., 1967: *Civilisation matérielle et capitalisme*, París.
 BURCHARD, R., 1978: "Una nueva perspectiva sobre la masticación de la coca", AI.
 CARTER, W. y MAMANI, M., 1980: *Coca en Bolivia*, La Paz (policopiado).
 CARTER, W. (comp.), 1983: *Ensayos científicos sobre la coca*, La Paz.
 DESJARDINS, A., 1987: "Coca in, coca out", *Cahiers des Amériques Latines* 6, número dedicado a Bolivia, IHEAL, París.
 ESCOBARI, L., 1985: *Producción y comercio en el espacio sur andino* 17, La Paz, 1987, *Historia de la industria molinera en Bolivia*, La Paz.
 GAGLIANO, J., 1963: "The coca debate in colonial Perú", *The Americas* XX, núm. 1.
 GLAVE, L. M., 1985: "La producción de los trajines: coca y mercado interno colonial", *HISLA* 6.
 HARRIS, O.; LARSON, B.; TANDETER, E. (comp.), 1987: *La participación indígena en los mercados surandinos*, La Paz, CERES.
 MASUDA, S., 1984: "Nueva técnica de investigación etnográfica andina", *Contribuciones a los estudios de los Andes centrales*, Tokyo.
 MAYER, E., 1978: "El uso social de la coca en el mundo andino", AI.
 PARKERSON, P., 1980: "Coca en el pasado boliviano", en Carter/Mamani, 1984, "El monopolio incaico de la coca", *Historia y Cultura* 5, La Paz.
 PLATT, T., 1983: "Religión andina y conciencia proletaria. Qhuyaruna y ayllu en el norte de Potosí", *HISLA* 2.
 ROMANO, R., 1982: "Alrededor de dos falsas ecuaciones: coca buena = cocaína buena; cocaína mala = coca mala", *Allpanchis* 19, Cusco; 1984: "¿Coca buena, coca mala? Su razón histórica en el caso peruano", *Investigación Económica* 168, México; 1986: "Algunas consideraciones sobre la historia de los precios en América colonial (y una nota complementaria)", *HISLA* 7.
 SAIGNES, T., 1985: *Los Andes orientales: Historia de un olvido*, La Paz, CERES, 1987, "De la borrachera al retrato: los caciques andinos entre dos legitimidades (Charcas)", *Revista Andina* 9, Cusco.
 TANDETER, E., 1981: "La producción como actividad popular: 'ladrones de minas' en Potosí", *Nova Americana* 4, Torino.
 WAGNER, C. A., 1978: "Coca y estructura cultural en los Andes peruanos", AI.

DEL USO QUE HAN TENIDO LOS YNDIOS DESTE REYNO CON LA COCA

La supersticion q mas a durado Exmo. señor en los naturales heredada dela vanidad de su gentilidad asido el abuso y rito de la coca por el ynteres que en su trato y granjeria a tenido la ciudad del Cuzco asi el estado popular como el ecclesiastico, con sus diezmos con tantos millones como han gastado y consumido los yndios en ella sin averse hallado este arbol en ninguna parte de las yndias el qual se cria en los andes que es la cordillera que corre al sur y ba haziendo lado, por la parte del oriente alas poblaciones que bienen aesta provincia de los charcas dista del Cuzco quinze leguas y los valles en que seda veynte y quatro esta en altura del polo antartico quinze grados al sur, son los andes tierra montuosa por su mucha arboleda y grandes alcabucos su temple es calidissimo y abochornado y de grande humedad y donde hordinariamente llueve y caen grandes aguaceros es el arbol de un estado y siembrase en almaciga de grano que lleva en los brumos o pinpollos en unos capullos que produce sin ninguna flor ni fructo de donde los plantan dexando poco intervalo de uno à otro por el horden de las viñas su esquilmo y fructo es la oja que les quitan pelandolos sin dexarles mas que la rama, lo qual hazen quatro vezes en catorze meses y si no se la quitasen ella misma se agosta y cae en espacio de tres meses y medio perdiendo su sazón. y luego que se be despojado della comiença de nuevo su primavera con grande amenidad y frescura tornandose a hermohear de su verde y agradable oja-la que antiguamente llamavan tupacoca tenia la oja muy menuda y davase en los llanos y hera reservada para solo el ynga, y por eso se devia de estimar en mas que la de los andes que es de oja grande que llaman mumoscoca y hera general entre sus gobernadores y capitanes y los grandes señores y caciques principales y segundas personas que hera el estado de la nobleza del reyno y no se permitia el uso della a la gente pleueya sin particular licencia no es comestible ni causa nutrimento por no pasarles de la boca trayendola a un lado della por la parte ynterior dizen que conserua la dentadura y a penas se halla quien la tenga mala aunque sea de mucha hedad y que restituye la fuerça perdida con el trabajo. [vº] operacion q asolo el sueño se atribuye y pertenece tan maravilloso efecto quando trabajan en qualquier exercicio que sea ocaminen laban tomando que llaman hazer acollico y afirman sealientan con ella con nuevos brios y que conserba el radical quando les falta el mantenimiento y hubo en esta villa muchos yndios principales que sustentavan que a ver durado mas tiempo el uno de los tres yndios que murieron en la mina con el español fue yrse entreteniendo con la coca que se hallo y el lo dezia q la coca le yba dilatando la vida y la comun es que es ymaginacion suya y yñucion del demonio por ser venerado con su oja pues tantos españoles han hecho experiència y prueba de su calidad en diversas ocasiones y no les amitigado la hambre ni cansancio ni han hallado ningun refrigerio aunque en algunos medicamento usan de ella y assi como la gentilidad de los Romanos tenia consagrado el raurel apolo esta gente avian dedicado este arbol al sol que es el mismo apolo aun que por diferentes motivos y en todos los sacrificios yntervenía, como el oro plata perlas y las demas cosas de estima y valor que offrecian asus guacas, oydolos, en los oratorios y en sus casamientos la avian de maxcar el varon y la muger y hera la sirimonia que consumava el vinculo del matrimonio-

En lo passado se cogio en las chacaras del Cuzco mas de ciento y quarenta

mil cestos que cada vno tiene de diez y ocho a veynte libras de sola oja, y para tener la parte que la haze de la calidad que requiere para su mayor precio y salida a de estar seca en el humor y muy verde en la color que como son los andes tan lloviosos con la humedad se corrompe, y asi es necessario mucho cuydado y diligencia en ponella a secar al sol y tornalla arrecoger quando se levantan nublados por el daño que recibe si se moja despues de cogida y las mitas mas abentajadas en prescio y estima son las de março y junio por ser el tiempo mas enjuto del año y sacada a la sierra y sus ayres se conserba estremadamente-

De ciento y quarenta mil cestos que se cogian eran los ciento y veynte [2] mil cestos de españoles de que pagavan doz mil de diezmo y se arendavan de quatro a quatro pesos y medio corrientes que fue ymportantissimo socorro ala yglesia por faltarle el que avia de tener con los fructos supliendolos la oja de un arbolillo que contanta fertilidad y abundancia la dava causa y motivo para que estas gentes pusiesen los ojos en el por su singularidad teniendolo por necessario quanto ala naturaleza se mostrava en el mas grata en hazelle tan copioso de ojas, y los veynte mil heran de yndios de chacaras que beneficiavan como hazen hasta oy sin pagar diezmo conforme alestilo que sea tenido y alas cedula reales despachadas sobre esto y si en alguna manera lo pagan de lo que labran y crian lo dexo para la tassa que es su nativo lugar solianse traer aesta villa de noventa a cientmil cestos, y el padre Joseph de acosta en su historia natural, dize que el año de 1583 entraron en ella cient mil, y lo demas se gastava en la tierra y sus comarcas. y se bendian aqui a diez pesos ensayados y en el tiempo presente entran un año con otro veynte y cinco atreynta mil poco mas o menos que resultan de sesenta mil que se cubriuan por españoles y su prescio es aseis pesos corrientes de contado y si bale algo mas es fiado por hazerse en este genero muchas baratas y ay oy represados quinzemil por no aver tenido salida, y del Cuzco aca bienen caminando treynta mil que son los que entraran este año y los diezmos no pasan de seis mil cestos ni su prescio en arendamiento de dos pesos porque los que la gastavan fueron yndios antiguos en quien mas araygada estaua su pernicioso opinion y los modernos con la mejoría que han hallado en los mantenimientos de castilla y el vino no usan della con aquel exceso, pues llegaron a dar por el cesto de la del Cuzco a sesenta pesas y por la de pocona a quarenta que todo esto sufria la riqueza de la tierra con que se hizieron muchos ricos como se hazen el dia de oy en otros tratos los que tienen mano para ello y con mayor grandeza q los passados fue este trato la contratacion [vº] mas gruesa l'ymportante del reyno y de muchos años a esta parte se tiene por de poco ynteres por su poco prescio y mal despacho aun q por cogerse quatro mitas en poco mas de un año y ser la duracion del arbol treynta y correr como si fuera moneda comprando y rescatando lo que han menester en su trueco seguiran su agricultura aunque algunas vezes les da un guzano que buela y los consume y ataca como si fuera langosta. de los valles se saca la coca en mulas por la azpereza del camino alos depositos q llaman que son unos galpones grandes y dende alli setrae en el ganado de la tierra aesta villa y por cada cesto sepaga de flete peso y medio ensayado y trae un carnero quatro y tardase en el viaje seis meses-

Y prosiguiendo la cordillera de los andes el mismo paralelo y rumbo ay otros valles donde se cria coca del mismo temple de los del Cuzco pero no tan calidos ni lloviosos ni que cause enfermedades tan graves como es el de santgauan que cae en el paraje de caravaya q es un asiento de minas

de oro que esta quarenta y seis leguas del Cuzco hazia el collao, y mas adelante el mismo camino, estan los valles de challana y chacapa y suri, que corresponde a ciudad de paz que esta del Cuzco ochenta leguas y el d pocona en el distrito de la plata y su coca no es tan buena ni tiene el valor de la del Cuzco ni se trae a esta villa, y en la parte setentrional del Cuzco que los yndios llaman chinchaysuyo en la misma cordillera que corre al norte se da coca y en guanoco y en los yungas de Xauxa y en muchos vallecillos de quito pasto papayan hasta el nuevo Reyno de granada q son tierras calientes y de ayres templados y cultivase tampoco que se da mas en una chacara de las grandes del Cuzco que quanto se coge en ellos

Cultivan las chacaras del Cuzco con yndios que estan de asiento en los valles que llaman camayos que tambien labran las [3] suyas y tienen otros provechos de beneficiar la de los españoles y para cojer las mitas entran los canas y canches que son yndios circum vezinos al Cuzco y otros muchos que se mingan con mucho riego de su salud y vida por ser la tierra enferma y de tan diferente temple de las suyas que son sanissimas donde les suelen dar el mal que llaman de andes q se tiene por yncurable y no lo causa tanto el temperamento y ayres de la cordillera quanto el cojer la coca y ponella aseca con los bapores que levanta el sol della que son los que causan el daño en aquellos valles el señor Don Francisco de Toldo refiere a este proposito que averiguo por la vesita general que un cacique tenia una chacarilla de coca que el aprovechamiento della no llegava a cient pesos y costava cada año el beneficiar la mas de quatro o cinco vidas de yndios y con todos estos yncombinientes y daños tan perjudiciales no sea podido contrastar este diabolico abuso y tratando de su remedio en el Cuzco se lebanto sobre el notable escandalo proponiendo al señor Visorrey que se ocuparian y andavan entre tenidos en su granjeria mas de ochocientos hombres así en el Cuzco como los que la traginava y los que tenian este trato en potossi y en los pueblos de los yndios, y que la paz del reyno consistía en que no estuviese ociosa la gente del y que la causa de los humores y tumultos passados avian sido por este yncombiniente y que los vezinos de aquella ciudad estavan puestos en grandes necessidades por los continuos gastos q tenian por ser perpetuo ospedaje ye recetaculo de toda la gente que benia de castilla dandoles el sustento necesario y en la conserbacion y fabrica que hallava su exc^a. con tanto lustre y opulencia de aquella ciudad y que las rentas de sus repartimientos no se entendian a tan grandes espensas y que convenia tener potencia y alimentos para poder servir a su mag. en las ocassiones q se offreciesen por la poca estabilidad quetenia la tierra como lo avian hecho y que todos los yndios de andesuyo y los yungas de la cordillera donde se da coca pagavan las [v^o] tassas en ella por ser los frutos de su tierra y no estar en costumbre a salir a la puna a ganarlas por estar en los confines de guerra y por parte del cabildo de la yglesia como braço mas poderoso se alegava que quitando la coca perdia lo mas substancial ymportante de sus diezmos por la falta que avia de frutos ympidiendo su congruo y deuido sustento a su sagrado estado y yr contra la preminencia libertad y franqueza de la yglesia, y como cayan estas contradiciones sobre los q le auia hecho el reyno sobre la vesita general y una residencia universal que yba tomando a todos los estados y a una tierra que nunca la avian domado con el peso de la justicia sentianlo gravemente y todo hera ymaginar traças como ynterrumpieran los disinios y propositos del señor Visorrey que pretendio verdaderamente quitar la coca y assi lo difirio para mejor oportunidad y despues de aver

passado muchos dias con grande humildad le suplicaron les mandase dar hordenanças que bino hazer con no pequeño sentimiento con que no la plantasen de nuevo y se consumiese que entiendo que no sea guardado hasta de todo punto acabe el tiempo lo que no ha podido la razon-

Criase en los andes tigres q suelen sacar de las camas a los yndios por estar cebados en ellos sin offender a los españoles aunque se hallen dormiendo en los mismos bahareques ay muchos leones corras y un genero de javali que tiene el ombligo en el espinaço de mala carne y muchas monas micos papagayos y grande diversidad de aves de diferentes especies y de gran variacion de colores como es la ave pilco estremada entre todas ellas por hermosura del resplandor y fineza de sus plumas, y la guacamaya q no menos representa la gala con que la vistio naturaleza de aqui llevavan al ynga la plumeria rica de que hazian muy curiosas tapecerias y bestidos de festividad para los regozijos publicos danse pavas cuya carne es estremada comida, perdices y otras ynfinitas aves gallinas, palomas no se da ganado bacuno ni obejuno ni cabril. y todo el sustento se lleva de afuera y por pan vizcocho, porq [4] con la humedad seamoheze y si entran para su mantenimiento algunas manadas de carneros les nasce en las orejas vnos guzanos que los matan ay muchas culebras bivoras y cerpientes y lagartos y sabandijas ponçoñosas danse naranjos limos cidros y muchos paltos guayabos plantanos y muy olorosas pinas aunque las de potosi con ser de puna les hazen mucha ventaja, dase maiz camotes y toda suerte de legumbres, y en un rio que ba a la mar del norte ay mucha pesca y cabalos grandes y de tan buen gusto como los sevilla y atravesando la cordillera ay de la otra parte grandes pampas y llanadas con muchos pantanales y poblaciones de yndios de guerra que oyendo las campanas de la yglesia carescen de sus sacramentos.